

que para este género de ejercicios no hay sino una sola cátedra, donde se haga perdonar el profesor su prédica: la vida, y un solo medio de adoctrinar a las gentes: el ejemplo. Los favores inmerecidos de la suerte que me han valido hasta ahora para evitar el escollo de la falta y los rigores del castigo, no quiero que me sirvan también para erigirme en estos momentos sobre las desgracias e infortunios de mis prójimos, con un puñado de palabras abstractas y sonoras, sacadas las más de las veces de los libros y muy pocas de las asperezas y tropiezos de la vida, que como se sabe muy bien tiene para unos halagos de novia y gestos de suegra para otros, y darne el gusto de evangelizar como Jesús, yo que todavía no he redimido a ninguna mujer de sus locuras y extravíos, ni he curado de las tinieblas a ningún ciego, ni he puesto a andar a ningún parálítico

Si fuera preciso decir máximas de conducta me bajaría entonces para ofrecerle mi puesto a cualquiera de los maestros aquí presentes, que estos al menos realizan en parte los preceptos evangélicos, enseñando al que no sabe, es decir redimiendo de las sombras del error y la ignorancia, de la parálisis, causada por la incuria, y de los extravíos producidos por el medio y por la herencia, a las jóvenes inteligencias puestas bajo su tutela.

Yo no haría de predicador a ningún precio, que antes de este empeño doctrinario habría de ocurrírseme el de don Quijote, cuando se puso a redimir con sabrosas arengas y más sabrosos palos a los galeotes que encontró en su camino.

Y ya que de don Quijote he hablado, esto me lleva pronto y de perlas al término de mi asunto. Lo único que se me ocurre recomendaros es que conservéis, como hizo el autor de aquella divertida historia todo el tiempo que estuvo en la cárcel, el tesoro inestimable del buen humor, aun entre los aburrimientos y tristezas del encierro; que lo conserve quien lo tiene y que trate de conseguirlo quien

no lo posea. El dolor es un maestro cruel que conviene licenciar pronto—una vez recibida la lección—y sustituir con los malabaristas del ingenio y los saltimbanquis de la gracia. Hay que tomar ejemplo de aquel caballero extraordinario, "más versado en desdichas que en versos", que probó todas las amarguras del mundo, todas las durezas del destino y todas las miserias de los hombres, y que después de perder un brazo en Lepanto, vivir cautivo de los moros cinco años en Argel y cautivo de la miseria toda su vida en todas partes, va a una cárcel, no para escribir un libro de quejas y lamentos sino un tomo de bur-las y de risas. ¡Ah! Cervantes, nacido bajo un signo funesto, perseguido por una suerte enemiga y cruel, traicionado por los mismos a quienes quiso hacer bien, oscurecido por el rango en sus hazañas de guerra y por la soberbia y la envidia en sus proezas de genio, olvidado, él a quien debían recordar eternamente los tiempos venideros, Cervantes que tenía tantos motivos para lamentarse de sus penas y desdichas y para querellarse de su mala estrella, no emplea su pluma en los trances más duros y en los momentos más amargos, sino para hacerle cosquillas a los siglos y desternillarlos de risa!

¡Qué libro más admirable el suyo!, señores. Una historia de locuras que es una biblia de buen sentido, un tomo de infortunios que es un volumen de donosísimas ocurrencias y risueños escarceos, "una mina de pasatiempos" y un tesoro de humorismos!

Señores, acordáos de Cervantes cuando estéis tristes. Pensad que vuestra condición no significa la pérdida irreparable y absoluta de los fueros humanos y que cada uno de vosotros sigue teniendo un puesto debajo del sol. Ya llegará el día en que volveréis a vuestras casas para alegrar las últimas sonrisas de una viejecita o alumbrar con nuevos destellos de alegría los ojos llorosos de una compañera y de unos niños.

Vuestra vista, acostumbrada a la